Desde el principio de este capítulo nos propusimos solamente hacer una sencilla narracion de los sucesos, ordenándolos y combinándolos en el mejor método posible; pero si le añadiéramos la descripcion del cuadro que presentaba ese venerable y antiguo bosque de Chapultepec, cubierto de una nube densa de humo que reposaba momentáneamente en las copas de los sabinos, estremeciéndose con el estruendo de la artillería y fusilería, como si una lluvia de rayos lo estuviera destruyendo; cubierto su delicado césped de cadáveres y moribundos; sangrienta la agua de sus fuentes, y desgajados por las bombas y la metralla los robustos troncos de sus árboles; si nuestra pluma, repetimos, tuviese el poder de la de Tácito, estamos seguros que el lector no podria concluir este capítulo, sin que, lleno de horror, sintiera erizarse los cabellos de su cabeza.....

.....

La catástrofe no ha llegado á su término. Cesa en verdad un momento lo reñido del combate; pero no es sino para volver á comenzar de nuevo á poco tiempo. Procurarémos tambien en el mejor órden posible, esponer los sucesos que siguieron desde las diez de la mañana del dia 14, hora en que ya estaba tomado Chapultepec, hasta las cinco de la tarde, en que las fuerzas americanas se posesionaron de las garitas.

Las personas que vivan ó que hayan visto la capital, comprenderán perfectamente la situacion de los enemigos; mas en obsequio de los lectores foráneos, harémos una corta esplicacion. Chapultepec, por decirlo así, es el punto dominante entre dos calzadas que forman un triángulo: la una se llama de Belen; es ancha y con acequias de uno y otro lado: por enmedio de ella está construida la arquería ó acueducto, que consiste en grandes arcos de mampostería, capaces de servir para la defensa ó ataque. Esta calzada tiene poco ménos de una legua, y concluye hasta la garita de Belen. La calzada llamada La Verónica, es igualmente ancha: de un lado tiene los potreros de la

---

todos los pormenores y detalles aislados, es muy posible que háyamos omitido alguno ó algunos nombres ó sucesos que merezcan pasar á la posteridad, ó cuando ménos una honrosa mencion. Sobre este particular admitirémos con gusto las justas observaciones que se nos hagan, y si las consideramos de importancia se publicarán en un apéndice.

hacienda de la Teja, y del otro lado un riachuelo que sirve de límite á las tierras de las haciendas de Anzures y los Morales. El acueducto limita los potreros de la referida hacienda de la Teja: á cosa de dos millas de Chapultepec está construido un cementerio que sirve para enterrar á los protestantes: en este punto cierra la calzada, y continúa el acueducto por San Cosme, que es una calle con buenos y altos edificios de uno y otro lado.

Hemos marcado bien, que los enemigos para atacar la fortaleza, formaron tres columnas. La del general Pillow quedó de guarnicion en el bosque. La del general Quitman, una vez efectuada la retirada de nuestras tropas, comenzó á ocupar la calzada de Chapultepec, distribuyendo en cada uno de sus arcos tres rifleros y un fusilero, y la del general Worth distribuyó en la calzada de la Verónica su fuerza á poco mas ó ménos en el mismo órden.

Por nuestra parte, entre Chapultepec y las garitas existian en la calzada de Belen, un reducto sin foso en el Puente de los Insurgentes, y en la de San Cosme, la fortificacion de Santo Tomas, de que se ha hablado, y las piezas situadas en la fuente del paseo y calzada que va á San Fernando.

La columna del general Quitman, protejida por los rifleros y artillería que habia situada en los potreros, continuó avanzando; pero se encontró en el Puente de los Insurgentes con una obstinada resistencia que hizo el batallon de Morelia, colocado allí por órden del general Santa-Anna.

Habiendo dado una rápida idea de la situacion que guardaban las fuerzas beligerantes, harémos algunas ligeras indicaciones acerca del estado moral de nuestras tropas y de la generalidad de los habitantes de México.

Para un reducido número de personas inteligentes en el arte de la guerra, el castillo de Chapultepec era una fortificacacion muy insignificante y mal defendida, segun se aseguraba; pero para la generalidad de las gentes, se consideraba como una fortaleza inespugnable; opinion que corroboraba la tenaz resistencia de Infanzon en aquel punto, en otra época, y la importancia que habia tenido en nuestras revueltas interiores. De ahí es, que al posesionarse los americanos del castillo, se consideró como perdida la capital de México, y el pavor y el desconsuelo se apoderó de los ánimos de sus habitantes; pero no obstante esta consideracion, el esfuerzo de nuestras tropas no decaia: permanecieron resueltas en sus puestos, á la vez que los cuerpos nacionales estaban casi intactos, y en este punto debe lamentarse con dolor, que un hombre inteligente no hubiera aprovechado todos los elementos que aun quedaban en pié.



Ademas de las tropas y de las Guardias Nacionales, habia individuos del pueblo que se pudieron haber aprovechado, porque aun habia entusiasmo; y personas particulares que estaban al lado del general Santa-Anna, y lo servian desde el principio de la defensa como sus edecanes. Entre ellos, y solo como una prueba, mencionarémos al Sr. D. Ignacio Conmonfort, que tanto se distinguió batiéndose en Churubusco; á D. Vicente García Torres, quien, sin embargo de su oposicion á Santa-Anna, solamente trataba de servir á su pais; y á D. Antonio Haro y Tamariz, que no obstante su posicion independiente, su representacion social, sus hábitos de una vida pacífica, y su separacion de los negocios públicos, se le vió entrar varias veces al combate á la cabeza de algunos cuerpos, buscando los peligros y haciéndose acreedor por este y otros hechos, que mencionarémos en su lugar, á que le consignemos en nuestras páginas este justo tributo de honor.

El mismo Sr. Haro, en compañía del coronel Carrasco, de quien despues harémos la mencion á que es acreedor, colocó la referida fuerza de Morelia, y estuvo, sin hacer caso del fuego activísimo del enemigo, alentando á todos para la defensa del punto.

El general Quitman creyó que una vez tomado Chapultepec, retirada una parte de la reserva y dispersa otra, no encontraria resistencia, sino la muy débil que pudiera oponerle la garita; pero no fué así, sino que contenido en su avance, y no pudiendo con el solo esfuerzo de su infantería desalojar del reducto que hemos mencionado al batallon de Morelia, tomó otras disposiciones. Mandó avanzar las piezas situadas en el potrero: nuevas fuerzas vinieron á reforzar su columna, y situó frente al reducto un obus de á ocho, batiendo así por el flanco y por el frente á nuestros soldados, los que, faltos de parque, pues aunque lo pidieron no se les mandó, lo abandonaron, y las fuerzas americanas lo ocuparon sucesivamente, lográndose, sin embargo,

con esta nueva aunque corta defensa, que la reserva se replegara á la Ciudadela.

Por la calzada de la Verónica continuó su avance el general Worth: una partida de nuestra caballería salió á contenerlo, y en el reducto de Santo Tomas se tocó carga y despues degüello; pero no tuvo feliz éxito, porque á poco rato se retiró aquella con la pérdida de un muerto y algunos heridos, habiéndose distinguido el coronel Ramiro.

Por la calzada de Belen los enemigos avanzaron con infantería, y fueron rechazados por la artillería situada debajo de los arcos, y la infantería en la aspillera de la casa y en los flancos de la garita. Entónces el general Quitman se determinó á batir la garita con las piezas gruesas que le habian llegado. El general Santa-Anna se persuadió que el fuego de artillería no pasaria á un asalto, y por eso se dirigió á San Cosme, encontrando que el general Rangel habia abandonado Santo Tomas, y se retiraba con direccion al centro de México sin defender la garita. El general Santa-Anna contuvo el desórden de la tropa, mandándola de nuevo á la garita y las casas de uno y otro lado; y por esta operacion, el enemigo, que venia sin artillería y en pelotones, tuvo que retroceder en busca de sus baterías.

Habiéndosele avisado en este momento al general Santa-Anna que la garita de Belen habia sido abandonada y la Ciudadela corria gran peligro, vino en el acto con las fuerzas que le seguian, y ocupó este edificio. En efecto, la fuerza que habia quedado en la garita se habia replegado, y el general Terrés se hallaba en una de las puertas de la Ciudadela: allí lo encontró el general Santa-Anna, quien exaltado hasta un grado indecible, lo amenazó, profirió contra él espresiones durísimas, y llegó el caso de que le pegara con un chicote en la cara. Esta notable ocurrencia ha ocasionado una polémica, en la cual, segun nuestro propósito, no queremos mezclarnos, sentando solo como un hecho incuestionable, que la referida garita fué abandonada ántes de que los enemigos la invadieran.

Pasado este lance, el general Santa-Anna ordenó que el coronel Carrasco tomase la pieza que estaba en la fuente de la Victoria y la acercase á la calzada para batir desde allí al enemigo, que ya habia ocupado la garita, hecha escombros por sus propios fuegos. D. Antonio Haro tuvo la feliz inspiracion de que se sacara una pieza de la



Ciudadela y se colocara del otro lado de los arcos, hácia el colegio de Belen de las Mochas, con objeto de desalojar á los rifleros que hacian fuego á la Ciudadela parapetados en la arquería. La referida pieza fué servida por un teniente de artillería. En este lugar debemos hablar del guardia nacional de Victoria D. Isidoro Béistegui, el que merece una particular mencion por el valor y entusiasmo con que hasta el último estremo combatió.

El coronel Castro con algunos soldados que pudo reunir, ocupó la azotea del colegio de Belen, é hizo desde allí un vivo fuego sobre los enemigos que avanzaban sobre la arquería.

Esta operacion, concebida en medio del conflicto, con el enemigo triunfante encima, y cuando todo el mundo habia perdido ya todo género de esperanza, tuvo un éxito brillante. Carrasco, con solo dos artilleros y un puñado de paisanos, transportaba la pieza en todas direcciones y aprovechaba perfectamente todos sus tiros, de manera, que realmente equivalia á una batería completa. El valiente oficial que mandaba la pieza situada en las cercanías de Belen de las Mochas, por su parte tambien hacia muy buenas punterías, hasta que sucumbió, víctima de su arrojo y patriotismo. El mejor elogio que puede hacerse de estos militares, es referirnos á lo que el general Quitman asienta en su parte oficial, donde pone las siguientes palabras: "Cuando yo creia haber vencido á los enemigos y arrojádolos de la garita, recibian mis tropas una lluvia de fierro."

Volvamos un momento al barrio de San Cosme, el cual juzgaba el general Santa-Anna perfectamente seguro. Nuestras tropas, que ocupaban las casas, recibieron una carga de las fuerzas de los enemigos, que vinieron en mayor número, y con dos obuses comenzaron á hacer fuego á las casas, ocupándolas todas simultáneamente, y conforme las dejaban nuestras tropas, que se retiraban en confusion al interior de la ciudad. El general Santa-Anna acudió de nuevo á este punto, y observando con disgusto la confusion que reinaba, dictó las órdenes mas enérgicas para restablecer la moral perdida, y que se continuara la defensa, mandando ocupar la casa de la Pinillos, San Fernando y otros edificios cercanos, y que desde allí, sin descanso, se continuara el fuego.

En estas circunstancias, los enemigos penetraron por una calzada

situada en un costado de la garita de Belen, y aparecieron en la casa llamada del Molinito, amenazando con un nuevo é inminente peligro á los defensores de la capital. El ayudante del general Santa-Anna, D. Francisco Schiafino, acudió en solicitud de trescientos hombres para repeler á las tropas enemigas que penetraban por detras de las casas; pero en vez de que el general Rangel consintiera en esto, mandó á un clarin que tocara retirada. Este toque, que sin duda no era sino para un solo cuerpo, se propagó por toda la línea, é inmediatamente los soldados comenzaron á abandonar los edificios y á desbandarse en todas direcciones, sin que fueran bastantes para contenerlos, los esfuerzos personales del general Santa-Anna y algunos de sus ayudantes. Las masas desorganizadas acabaron de dispersarse con algunos tiros de la artillería del general Worth, que avanzaba con rapidez.

Todavía en la garita de Belen se trató de hacer el último esfuerzo, formándose una columna para que fuera á tomarla, lo que no tuvo ningun resultado, porque el enemigo hizo uso de su artillería. Finalmente, á las cinco de la tarde fueron ocupadas las dos garitas por los generales Worth y Quitman. Los Sres. Othon y D. Eligio Romero contribuyeron á este último esfuerzo, esponiendo con decision su vida. El caballo que montaba el segundo, recibió ocho balazos.

Todas las tropas dispersas y situadas en otros puntos, comenzaron á reunirse en la Ciudadela, donde, como debe suponerse, reinaba el desaliento y la confusion. Al batallon Hidalgo se le mandó situar en Santa Isabel: el de Victoria rehusó abandonar las garitas del Niño Perdido y San Antonio, ocupándose de batir á pequeñas partidas de americanos que se presentaban por las calzadas, y el coronel D. Pedro Jorrin á la cabeza de una parte de su batallon, se dirigió á una calzada cercana á la garita de Belen, donde durante una parte del combate y poco tiempo despues de él, estuvo haciendo un activo fuego.

La seccion del Sr. Olaguibel, quien habia entregado ya el mando del gobierno al vice-gobernador, entró á la capital esa misma tarde, y se situó tambien en la Ciudadela. El Sr. Olaguíbel pidió al general Santa-Anna lo situara en el punto de San Fernando para defenderlo;



pero este general reservó el concederle esto, hasta tanto no se tomara una determinacion general sobre lo que debia hacerse en lo sucesivo.

Tal determinacion no tardó mucho en tomarse, y como de ella dependió en gran parte el acierto y resultado de la guerra, creemos necesario consignarla como un hecho de la mayor importancia. En uno de los pabellones de la Ciudadela se celebró una reunion, á la que se quiso llamar junta de guerra. Concurrieron á ella el general Alcorta, que era ministro de la guerra; el general Carrera, comandante de artillería; los generales gefes de brigada D. Manuel Lombardini y D. Francisco Perez; el Lic. Betancourt, D. Domingo Romero, ayudante del general Santa-Anna y D. Francisco Modesto de Olaguíbel. El general Santa-Anna, que presidia esta reunion, manifestó, que supuestas las desgracias acontecidas en la tarde, deseaba saber la opinion de los presentes, sobre si debia ó no continuarse la defensa de la capital. El Sr. Carrera manifestó que la desmoralizacion era suma, y que habiéndose perdido bastante artillería y armas, no juzgaba que produciria ningun resultado favorable la defensa que se continuara haciendo. Escitado el Sr. Olaguíbel á manifestar su opinion, dijo: que no siendo su profesion la militar, cualquiera idea que manifestara podria ser inexacta, y que por lo tanto, deseaba que los peritos en la materia indicaran su sentir con franqueza. Entónces los generales Lombardini, Alcorta y Perez ampliaron sus reflexiones sucesivamente, como habia comenzado el general Carrera, y opinando todos que la ciudad se debia evacuar. El Lic. Betancourt habló, sin decidirse ni por el abandono ni por la defensa de la ciudad. Entónces el Sr. Olaguíbel tomó por segunda vez la palabra, y dijo: que despues de haber oido las opiniones manifestadas por los señores militares, juzgaba con franqueza, que el momento en que una fuerza enemiga ocupaba las garitas de la ciudad, no era el mas oportuno para decidir una cuestion de tan gran importancia, y que se pensara muy sériamente en el terrible cargo que podria resultar al general Santa-Anna por el abandono de la ciudad; que por todo esto le parecia oportuno que en Palacio, con asistencia de los ministros, y con mayor número de generales, se ventilara tan delicada cuestion, y se tomara despues la resolucion que mas conviniera á los intereses de la patria y á la

misma reputacion del general Santa-Anna. Este, que parece que habia formado ya su resolucion, no consideró atendibles las reflexiones de Olaguíbel, y respondió estas terminantes palabras: "Yo determino que se evacue esta misma noche la ciudad, y nombro al Sr. Lombardini general en gefe, y al general Perez su segundo."

Lombardini opuso una corta resistencia, pero admitió al fin, y se dispuso que la caballería saliese en el acto, y la infantería cosa de las dos de la mañana.

El número de infantería reunida en la Ciudadela, era á poco mas ó ménos, de cinco mil hombres, y la caballería, casi intacta despues de tanto combate, ascendia á cosa de cuatro mil hombres.

Entre ocho y nueve de la noche D. Ignacio Trigueros fué á la Ciudadela, y en su coche llevó al general Santa-Anna á la villa de Guadalupe.

El general Quitman no pasó de la garita de Belen, y Worth avanzó algunas fuerzas al rumbo de San Hipólito, disparando cosa de las doce de la noche algunas balas y bombas al centro de la ciudad.

## CAPITULO XXIII.

# MÉXICO

EN LOS DIAS

## 14, 15 Y 16 DE SEPTIEMBRE DE 1847.

---

La poblacion de México que, á pesar de las derrotas del dia anterior, habia dormido en la creencia de que las tropas con que aun contábamos, defenderian la capital calle por calle, conforme á la solemne promesa del general Santa-Anna, despertó el 14 de Septiembre bajo el yugo de las bayonetas estrangeras.

Los nacionales, que habian recibido la órden de disolverse, no estaban en lo general muy dispuestos á obedecerla. En el cuerpo de Hidalgo se celebró una junta para resolver lo que debia hacerse; y solo considerando los gefes y oficiales lo estéril que seria el sacrificio de la juventud que formaba aquel regimiento, se determinó que se cumpliera con lo mandado. Sin embargo, la cuarta compañía, que estaba situada en el convento de Santa Isabel, no quiso verificarlo, hasta la madrugada del siguiente dia, en que estaba ya completamente rodeada por los enemigos; pero aquellos nacionales se retiraron con sus armas, y despues de poner en salvo su bandera.